

Democracia y Anarquía

A los Trabajadores

Bajo el rubro de "Controversias doctrinarias", nos hace el honor de contestarnos, en *La Prensa Libre* del último martes, nuestro estimado amigo José María Zeledón.

Réplica culta y serena, muy propia del escritor cuya sinceridad nos trae a la memoria aquellos versos de Darío:

*"Por eso ser sincero es ser potente.
De desnuda que está, brilla la estrella.
El agua dice el alma de la fuente
En la voz de cristal que fluye de ella".*

José María Zeledón.—Billo, como cariñosamente le llamamos sus amigos,—es un enamorado del anarquismo teórico, un místico de la escuela de Tolstoy y un ácrata de la filiación de Kropotkin. . . . Repudia todas las iglesias, rechaza todos los credos, y oficia sólo en el altar de su sinceridad.

Sin embargo, la senda que ha elegido—escabrosa y árida—no conduce a la tierra de promisión que vio Moisés desde lo alto del monte Nebo con sus ojos de profeta medio velados por la muerte, sino al abismo de la anarquía que con sus fauces horribles devora pueblos, instituciones, solios y altares.

Zeledón pone en nuestros labios una pregunta que no recordamos haberle hecho: "pero, ¿a dónde van ustedes?"

No, nosotros no le hemos hecho esta pregunta.

Sabemos perfectamente a dónde va él con su círculo de adeptos, y es por eso que le salimos al paso—no para conquistar laureles, que de antemano le cedemos el honor del vencimiento—sino con el noble y humanitario objeto de combatir, por medio de la razón, ilustrada por la experiencia, esas doctrinas funestas, que mañana pueden originar días de luto y desolación para la patria.

No queremos referirnos a nuestra humilde personalidad. ¿Qué importa que quien esto escribe sea una oscura "oveja del trabajo", "un letradísimo parasitario, o un desdichadísimo mortal de esos que andan en las noches de ensueño a caza de luceros para arrojarlos en su zurrón de peregrino?"

Nosotros, menos felices que el amigo Zeledón, no podemos decir MI CAMPO, porque no nos movemos en un campo determinado ni somos esclavos de un especial orden de ideas, sino que vamos, en nuestras prédicas humanitarias, como el viejo Tolstoy, con el báculo en la mano y el saco a la espalda, cruzando la interminable estepa de la vida. . . .

Líbrenos Dios de arrojar como monedas a la multitud nuestras ideas para imponer su cuño. Nada nos repugna más que la librea, lo mismo en el orden político que en el científico y en el literario, y no queremos que se nos atribuya otro fin que el expuesto. Si de nuestra pluma brota alguna enseñanza buena, acójase sin investigar el origen, que poco importan los hombres cuando de los principios se trata, y ya lo dijo el viejo rabi:

*"Por nacer del espino
non desmerece la rosa
ni la verdad es mentira
porque judío la diga".*

Nuestro artículo "Al margen de una hoja suelta", ha despertado algún interés, no por su forma, que no puede ser más modesta, sino por los conceptos que encierra, de vital importancia para los obreros y los campesinos.

El centro de estudios sociales "Germinal" nos ha hecho también el honor de ocuparse de nuestro artículo, en una hoja que tenemos a la vista.

Grande es la consideración que nos merecen estos gallardos adalides; mas ello no obsta para que, sin vacilaciones ni temores, entremos en la liza, re-

sueltos a romper lanzas por nuestra señora la Verdad.

El amigo Zeledón, con esa vehemencia que le es característica y que él mismo considera fruto de sus arraigadas convicciones, condena la política como un arte engañoso y perjudicial, equipara los trabajadores a los bueyes, habla de "manadas ciudadanas", y poco más o menos, nos tilda de embarradores o imbéciles a los que, en ejercicio legítimo de nuestros derechos, formamos parte de los bandos que actualmente se disputan el triunfo en los comicios.

HOJA OBRERA, bajo tales dicerios, no puede permanecer impasible ni arriar el pabellón azul, que ha enarbolado en la presente campaña con el firme convencimiento de que labora en pro de los intereses de la clase a que pertenece.

Hemos dicho—sin que hasta la fecha se haya probado lo contrario—que la hoja de Billo es más propia para matar que para despertar entusiasmos; que Estrada Cabrera la haría reproducir a millares para anestesiar el espíritu público y perpetuarse en el Poder, y que, con el criterio que dictó esos párrafos, la Bastilla aún mostraría su masa formidable en el fondo del arrabal de San Antonio, donde hoy se levanta la columna de Julio.

Puesto que la ocasión se nos brinda, trataremos en próximos artículos acerca del anarquismo como planta exótica en nuestro suelo.

Por hoy, nos contentaremos con señalar este singularísimo razonamiento de Billo:

"En el año de mil ochocientos ochenta y nueve, la situación era ésta: el gobierno hereditario de don Bernardo Soto, fecundo en toda suerte de ataques a la libertad, hacía su epílogo con la imposición a sangre y fuego de la candidatura de don Ascensión Esquivel. Fué entonces cuando por primera vez se alzó la voz potente de las muchedumbres e impuso su voluntad en fecha inolvidable. En esta jornada, ciertamente gloriosa, perdió Costa Rica no pocos de sus más útiles ciudadanos, que rindieron la vida sin rendir su entusiasmo. Perdió, además, un buen número de sus excelentes trabajadores, que acostumbrados ya al vértigo de las declamaciones y a la ambición de las prebendas, no pudieron resignarse luego a su oscura vida anterior y abrazaron entonces la grata ocupación de las intrigas palaciegas.

"Sobre la victoria del pueblo a tan alto precio conquistada, se asentaron luego los más crueles regímenes de violencia en tres períodos sucesivos, a los cuales puso digno remate la nueva imposición de la Presidencia del señor Esquivel.

"¿No fué contra eso, contra lo que se combatió el ochenta y nueve? Pues vea usted que después de las reivindicaciones de que se ufana la democracia entre nosotros y después de los doce años de tempestuosa violencia gubernamental, volvimos al punto de partida, sin una sola verdadera conquista realizada y sí con una cantidad de males a la espalda que antes no teníamos. Ahora dígame usted honradamente, ¿no habría sido más práctico, más económico, más humano, más ventajoso, en una palabra, que la funesta Presidencia de don Ascensión se hubiera realizado cuando Soto proyectó imponerla?"

La argumentación es floja y la conclusión sofística.

De que el pueblo se equivocara el 89 eligiendo al Lic. Rodríguez y de que este funesto error tuviera más tarde su desenlace con la nueva imposición del Lic. Esquivel, no se deduce

que el pueblo debió en aquella fecha abstenerse de la política, como aconseja ahora el amigo Zeledón, y dejar que Esquivel hiciera su santa voluntad.

Siguiendo el criterio de Billo, ¿no habría sido aún más práctico, más económico, más humano, más ventajoso, en una palabra, que el gobierno hereditario de don Bernardo Soto se hubiera convertido en vitalicio, y que a este señor se le hubiera saludado con el título de monarca de Costa Rica, por la gracia de Dios y la Constitución? Nos hubiéramos ahorrado así los tiránicos y dispendiosos gobiernos de Rodríguez, Iglesias y Esquivel y el desastre económico de la administración de don Cleto. . . . ¿y quién sabe si hasta el terremoto de Cartago!

Todo lo cual demuestra lo que dijimos en nuestro anterior artículo: "la extrema anárquica y el ultraconservatismo tienen más de un punto de contacto."

He aquí a Billo paladín de todos los derechos y ácrata de corazón, convertido en un panegirista de las dictaduras vitalicias y de las monarquías absolutas.

Y es que los extremos se tocan. Lo razonable se encuentra siempre en el justo medio.

Nuevos horizontes

IV

Un deber de humanidad me obliga a mirar ahora el porvenir absolutamente olvidado por el Gobierno de Costa Rica de las provincias y lugares que se hayan hacia el Pacífico de este país.

Sírvanse Uds. extender sobre su mesa de estudios, el mapa de este país, para que se persuadan de que las tres cuartas partes de Costa Rica pertenecen a la región del Pacífico, en donde la vida palpita de un modo exuberante y risueño, así en la tierra fértil y en el bosque primitivo de sus entrañas, como en las aguas marítimas que la rodean.

En aquellos bosques cuasi primitivos que hay en las provincias de Puntarenas, el Guanacaste y el cantón de San Ramón, que geográficamente se hallan en la vertiente del Pacífico de Costa Rica, el gobierno de este país, sólo ha tenido a bien ejercer una explotación de vándalo, y de sus mares adyacentes, en que hombres sabios y de más grande cabeza que los actuales, podrán abrir cien puertos al comercio del género humano, la avariada administración de la nación ha extraído como hábil pirata su riqueza, ora en la forma de perlas, ya en la pesca del ballenato y de sus peces, bien en la alimenticia de sus ostras.

Todos los nuevos presidentes recorren sportivamente aquellas fértiles y libres comarcas para darse el tono de ofrecer a sus crédulos habitantes el oro y el morro, mientras necesitan de su concurso político para escalar el capitolio de Costa Rica; mas al día siguiente de su gloriosa exaltación al poder, sólo tienen en sus labios fementidos la sonrisa del desdén con que el negrero del Norte acostumbra despedir a sus esclavos, demasiado incómodo para sus horas de placer.

Ahora mismo, señores Editores de HOJA OBRERA, las regiones del Pacífico de Costa Rica elevan sus manos al cielo en solicitud de un alivio para sus males y en espera de un auxilio para la mejora material de su agricultura, que los pícaros gobiernos de este país han menospreciado durante una centuria; pues si la meseta central de la nación, que ha sido y es el emporio del comercio, desespera de su situación, el Pacífico del país, que siempre ha estado retirado de las ganancias de nuestro gobierno, tiene que estar sumido hoy en la miseria y desconsuelo de su retraimiento, obligado

por las circunstancias en que los presidentes lo han colocado.

Porque piénsese lo que se quiera los gobiernos de Costa Rica no son sino los Presidentes y a éstos debe menos culpar de los graves y culminantes efectos que se notan en la administración pública del país, sin paliativo posible, porque es a ellos a quienes confía cada cuatro años sus destinos y suerte Costa Rica, en atención a que los juzga ser los poseedores del ideal de su desarrollo público y privado, mientras la República no adquiera un desenvolvimiento superior en sus muchedumbres actuales, que son ignoras y desapacibles en un todo ahora.

Señores Editores de HOJA OBRERA, ¿no creen Uds. que para evitar un peligro de desmembramiento futuro de Costa Rica, valdría la pena de que Uds. y yo golpeáramos duro sobre la mesa del futuro presidente de la República para que despierte de su letargo a nuestro dormido gobierno con el objeto de que mire con sus ojos de patriota aquel inmenso emporio de riqueza que hay en las regiones del Pacífico, envuelto en la desventura y en la inercia de la vida, por la culpa y descuido punible de la administración pública de este floreciente e inicial país de la América Central?

Durante media centuria Costa Rica usó a Puntarenas como el único puerto del país acarreado por sobre sus lomos de gigante todas las mercaderías de la nación y aun los rieles y locomotivas del ferrocarril central; pero Costa Rica no le ha dado en cambio nada a Puntarenas y únicamente lo usa como lugar sportivo para las familias del interior y sus bellas mujeres, que van allá cada verano a tomar sus frescos baños de mar y hundir su acalorada melena en las ondas del golfo de Nicoya.

Mas si aquella comarca en lugar de estar poseída por costarricenses, tuviera la dicha de ser habitada por europeos, el golfo de Nicoya estaría entonces cruzado en todas sus direcciones por miles de ferry boats y vapores de gallardo encalado y sus costas estarían cubiertas por bellas ciudades de densa y civilizada población.

Señores Editores de HOJA OBRERA, ¿quienes son los hombres de talento y las grandes intelectualidades que han gobernado a Costa Rica durante un siglo hundiéndolo a este país, en el des crédito de las deudas externas y menospreciando las riquezas y salubridad que encierra el Pacífico de nuestra nación? Lo único que han hecho estos grandes hombres en favor del Pacífico de Costa Rica, es prolongar el ferrocarril de Orotina a Puntarenas, haciéndolo pasar por la ruta más inadecuada, pudiéndolo llevar de una manera más directa a Esparta y enlazarlo con el trazado antiguo de esta ciudad al puerto de Puntarenas, suprimiendo así los inconvenientes que ofrecen los lugares llamados Cambalache y la roca de Carballo.

En cuanto a San Ramón y el Guanacaste, que se hallan virtualmente en la región del Pacífico, tampoco ha hecho nada en su favor el Gobierno de Costa Rica para mencionarlo como digno de un aplauso nacional, pues San Ramón vive de sus propios puños y el Guanacaste, que podría ser el lugar de los ricos criaderos de ganado con que abastecer en exceso de carne a nuestro país, permanece sumido en el más desventurado descuido en su territorio, que abarca casi toda la península de Nicoya, y en sus habitantes que van a la guerra la hay, como los otros de la nación, por culpa y menosprecio de nuestra administración pública.

Guillermo Obando.

San José, 19 de junio de 1913.